Baudrillart nos proporcionaba casi todas las noticias que la autora retoma, ésta sin embargo ordena con eficacia esa misma información con el fin de ofrecernos las estrategias políticas que hay detrás de ellas. Solo cabría calificar de inconveniente en esta obra el que el editor haya decidido colocar las notas a pie de página al final de cada capítulo. Considerando que éste es un ejercicio excelente de investigación histórica con un empleo profuso de fuentes inéditas, esta decisión entorpece la lectura de su natural y más interesado lector: el historiador especialista en el periodo. Resulta enormemente inconveniente tener que estar sistemáticamente interrumpiendo la lectura para confirmar la fuente de la que la autora recoge la noticia. No obstante, el sencillo pero eficaz estilo, el solvente índice de nombres y el impecable índice de materias hacen de esta obra un instrumento fundamental para, partiendo de Baudrillart y Bottineau, volver a explorar la España del primer cuarto del siglo XVIII.

Catherine Désos, profesora en la Universidad de París I ha publicado también *La vie du R. P. Guillaume Daubenton, S. J. (1648-1723). Un jésuite français à la cour d'Espagne* (2005).

Pablo Vázquez Gestal
European University Institute

Peiró Martín, Ignacio, *La guerra de la independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958 y 2008). Un estudio sobre las políticas del pasado*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC), 2008. 493 pp. ISBN: 9788478209736.

Presentación, p. 7. Introducción, p. 11. Primera parte. Los sitios de Zaragoza. Cap. I. El siglo XIX: la gestión en negativo de la guerra como mito fundador, p. 35. Cap. II. El pasado rehabilitado: el centenario de los sitios de 1908, p. 49. Cap. III. La condesa de Bureta o la arbitraria oportunidad de un centenario, p. 75. Cap. IV. El sueño de la región: Zaragoza "corazón de Aragón y de España", p. 91. Cap. V. El homenaje de los camaradas: los "héroes de la independencia española", p. 101. Segunda parte. La guerra de la independencia española. Cap. VI. La "segunda guerra de la independencia" de 1936-1939, p. 117. Cap. VII. "Guerreros, académicos y patriotas": la cátedra "General Palafox" de cultura militar, de la Universidad de Zaragoza, p. 127. Cap. VIII. Vivir del pasado y en el pasado: el 150 aniversario de los sitios de Zaragoza, p. 137. Cap. IX. Las conferencias de la cátedra "General Palafox", p. 141. Cap. X. "Veinte años de paz": el II Congreso histórico internacional de la guerra de la independencia

y su época, p. 179. 2008-2009: Un epílogo, p. 223. Bibliografía selecta, p. 231. Anexo. Ponencias del II Congreso histórico internacional de la guerra de la independencia y su época, p. 243. Índice onomástico, p. 463. Índice, p. 491.

General Lejeune, *Los sitios de Zaragoza, Historia y pintura de los acontecimientos que tuvieron lugar en esta ciudad abierta durante los dos sitios que sostuvo en 1808 y 1809.* Ed. y prólogo de Pedro Rújula, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC), 2009. LXXIX+180 pp. ISBN: 978-8478209866.

Estudio introductorio. El pintor de los sitios de Zaragoza, p. V. Introducción, p. 5. Cap. I, p. 9. Cap. II, p. 27. Cap. III, p. 43. Cap. IV, p. 57. Cap. V, p. 65. Cap. VI, p. 81. Cap. VII, p. 97. Cap. VIII, p. 119. Cap. IX, p. 135. Cap. X, p. 149.

Parece que hay un acuerdo generalizado en que la vena conmemorativa que ha caracterizado la mirada al pasado de occidente en los últimos decenios se inició en torno al bicentenario de la Revolución Francesa. Aunque no era una percepción extraña del pasado (véanse, si no, las celebraciones en la Italia fascista en torno al aniversario de Augusto; o las realizadas en la España de Franco con motivo del centenario de Carlos V, entre otras muchas), el final del segundo milenio se caracterizó por una reiteración de la mirada conmemorativa hasta el punto de que la historia como disciplina parecía requerir la gasolina del aniversario para la puesta en marcha de su motor. A ello se unieron los réditos políticos que los fastos proporcionaban y la rentabilidad que en ellos descubrieron unas clases dirigentes cada vez más preocupadas por su imagen pública. En tiempos de aparición de la sensibilidad hacia el patrimonio, también la historia podía aportar elementos de conexión con un pasado convertido en instrumento práctico de propaganda política. En ese juego, que proporcionaba fondos y visibilidad social, los historiadores adquirieron una presencia significativa, aunque no siempre fuese una historia académica la convocada a estas efusiones del recuerdo. Es más, como señala el prologuista del libro de Ignacio Peiró, Carlos Forcadell, "[p]osiblemente, el oficio y la tarea del historiador profesional hoy consiste, en buena proporción, en distinguir la historia de la conmemoración y de la política (del pasado)" (p. 7). De hecho, una parte de la presencia en estos procesos correspondía a eruditos y aficionados, periodistas y los propios políticos ilustrados, que contribuían a fijar identidades y a sacar el máximo partido del uso público de la historia. En modo alguno este panorama exime a los historiadores profesionales de su propio y significativo papel en ello, pues fueron muchos los que se sumaron a los esfuerzos memoriales.

Uno de esos hechos juzgados como memorables fue la Guerra de la Independencia en España. Un conflicto con profundos elementos identitarios en juego y, por tanto, con un potencial de uso que lo hizo extraordinariamente apetecible como elemento de referencia. En este contexto, los dos libros comentados destacan por cierta distancia respecto al estricto modelo conmemorativo o, al menos, por proporcionar dos ejemplos de lo que la práctica del historiador debiera ser: crítica. El libro del profesor Ignacio Peiró recorre la evolución en el uso de las conmemoraciones, el carácter casi monopolístico que los sectores más tradicionales de la sociedad aragonesa y española impusieron a su revisión y la exclusión de esos procesos de una mayoría de los medios académicos, al menos de aquellos que buscaban una cierta perspectiva crítica. Los años 1908, 1958 y 2008, recogieron unas celebraciones cuyo tema historiográfico de fondo "sobrevivió como un principio doctrinal inmutable, ligado a las apologías del régimen y a la historia política de la conmemoración" (p. 17). Por su parte, las 79 páginas del amplio prólogo del profesor Rújula a *Los sitios de Zaragoza* de L.F. Lejeune, nos muestra la necesidad de descentrar los ángulos de visión ofreciéndonos, en este caso, una mirada desde el otro lado, la de uno de los protagonistas del asedio francés a la capital aragonesa. No se trata de una obra excepcional por lo que toca a su rareza, sino excepcional en cuanto a su ambición, a su intento de recoger por escrito y al final de su vida, lo que ya había realizado a través de la pintura, con un cuadro de 1824 (p. xxiii). Más allá del anecdotario de sabor local, estas memorias se sitúan en un contexto francés que le da sentido y que sirven igualmente como justificación de la intervención, legitimada por su lucha contra unos principios espurios. De ahí también la reivindicación de los aspectos morales y humanos de la lucha, por encima incluso de la violencia atroz. Esta imagen, tanto de los zaragozanos, como de la lucha que protagonizaron los franceses y sus motivos de fondo, fue alterada en la primera edición española que se hizo de este libro en el marco de las conmemoraciones de 1908. Su editor entonces "decidió intervenir en el texto para que su visión prevaleciera sobre la del autor" (p. lxxiii), dialogando críticamente con él a través de las notas al pie, pero sin advertir de los cambios realizados. En definitiva, se trataba de defender una posición en el contexto de las conmemoraciones del primer centenario de la guerra, en las que, como indica el siguiente texto, primaba sobre todo la utilidad presente sobre la preocupación historiográfica.

Centrado fundamentalmente en las dos primeras conmemoraciones, el libro de Ignacio Peiró, articula la primera de ellas en torno a la definición de los hechos conmemorados desde la perspectiva de una historia moral acorde con

los principios de los sectores más conservadores de la sociedad española y aragonesa de principios de siglo. La centralidad de la capital aragonesa por encima de otros lugares de la memoria de aquella guerra seminal, buscaría la integración de las regiones en un momento de convulsiones periféricas, así como la afirmación de los elementos fundacionales de una mitología nacional y englobadora. Lo significativo es que la interpretación acerca del "acontecimiento" 1808-1814 formaba un doble trazo divergente: si para los sectores conservadores mostraba la continuidad (y reaparición) de la esencia nacional; para los sectores progresistas implicaba una ruptura y una transformación. No en vano son momentos en los que la búsqueda del alma colectiva, como intentó Havelock Ellis, recurría a la identificación de una continuidad más allá del tiempo, trataba de localizar una esencia intemporal. Por su parte, la visión progresista pretendía situar en el corte temporal de la francesada un remedo de la revolución desatada en Francia, un momento de cambio trascendental. Sin embargo, esta segunda visión tuvo poco éxito social y el potencial político que proponía cayó adormecido por unas celebraciones en las que la esencia eterna se destacaba por encima de aquellos usos que pudieran cuestionar la continuidad. El pueblo no era un protagonista político, sino el depósito de los valores, una suerte de encarnación controlada, etnográfica y curiosa, del viejo ser español. Esto no implica que no fuese una visión política, porque evidentemente lo fue, al tratar de excluir el potencial revolucionario que el protagonismo popular podía tener, reduciendo las conmemoraciones a hechos-símbolos aislados del contexto más amplio y atribuyéndoles un sentido religioso central. Todo ello contribuyó a la consolidación de una imagen conmemorativa claramente marcada desde el punto de vista ideológico y en la que la consideración de la guerra como cruzada fue central. Y en ese contexto, la historiografía de la época no salió muy bien parada, pues escasa atención había despertado el tema, y pocas novedades aportaron los congresos y reuniones del momento. Para los historiadores españoles que participaron, en pleno proceso de profesionalización, aunque aún muy incipiente, "el estudio de aquel período fue una ocupación circunstancial promovida por el rito de la conmemoración y alentada por los resplandores de la moda" (p. 73). Un ejemplo de ello fue la obra de Mariano de Pano, *La Condesa de Bureta* (véase la edición que de esta obra realizó el prof. Peiró, Zaragoza, Comuniter, 2006), obra de circunstancias y fiel reflejo de la mirada dominante en torno a la reflexión sobre el pasado decimonónico: "antiilustrado, tradicionalista y antiliberal" (p. 84). Un instrumento de combate, presentista en definitiva, contra otras visiones del presente a partir del uso del pasado.

En buena medida, este trasfondo y la elaboración de un discurso legitimador a los largo de las primeras décadas del siglo XX, sirvió como fundamento sobre el que se construyó el segundo momento, el franquista, como profundización en esos principios que contaban con el añadido de la legitimidad dada por la victoria nacional durante la guerra civil. Además, la visión que desde el franquismo se dio de esta guerra iniciática contó con la aportación de un mundo universitario claramente favorable, y por tanto muy presente, a la visión que se sustentaba. La segunda guerra de la independencia, como se denominó a la de 1936 a 1939 con evidente carga política, ideológica e identitaria, mostraba las continuidades de fondo y el uso presentista del pasado. En este caso, frente a lo regional, lo militar predominaba, como mostró la cátedra General Palafox de cultura militar de la Universidad de Zaragoza, una mezcla de militares y académicos que tendieron a mantener el relato heroico tradicional de la guerra de la Independencia en las Jornadas celebradas a finales del invierno de 1958. Pero en ello hubo una excepción, la que representó José María Jover, en pleno proceso de paso a la contemporaneidad como preocupación investigadora y de reflexión. Su conferencia en este ciclo de 1958 pasó desapercibida, en buena medida por la ausencia de una sensibilidad que permitiera asumir lo que de novedoso tenían sus tesis, en parte por la urgencia presentista de quienes seguían tratando de desmontar las afirmaciones de la historiografía liberal del siglo XIX. Había que desprestigiar el liberalismo y, a su vez, ensalzar la continuidad entre 1808 y 1936 –alzamiento en ambos casos, que no revolución– y, aún antes, localizar las "condiciones identificables en el alma celtibérica, dormidas durante siglos", como señalaba Fernando Solano en 1958 (p. 169).

En 1959 se celebró el II Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su época, en continuidad con el de 1908. Aunque en el de principios de siglo se asumió la escasa preparación de los historiadores españoles para un tema que estaba prácticamente inédito en el mundo académico, en el de mediados de la centuria se asumió la carga principal del mismo, aunque todavía el contemporaneismo apenas alcanzaba desarrollo. Buena muestra de ello fue la escasa repercusión que tuvo el entonces muy conocido Jacques Godechot y en general los decepcionantes resultados históricos del encuentro, que "casi nada tuvieron que ver con las lentas transformaciones teóricas e interpretativas que entretanto comenzaba a experimentar el clima de la historia contemporánea en España" (p. 207). No hubo aportaciones interesantes y no impulsó la renovación de las investigaciones, mostrando en cambio, la

ruptura entre dos generaciones de historiadores. El encuentro de 1959 fue un refuerzo de las imágenes que recogían la continuidad temporal de la historia nacional y proporcionaban un respaldo a una cultura política y simbólica que comenzaba a retroceder, aunque siguió siendo la oficial.

Como epílogo, queda la reflexión sobre las conmemoraciones de los años 2008-09 y la revisión del salto producido en el medio siglo transcurrido, aunque, llamativamente, es preciso prestar atención a las continuidades, especialmente en el ámbito de lo simbólico, con la profusión de actos en los que se ensalza la centralidad de la reacción popular como encarnación de las esencias. Sin embargo, a diferencia de otros momentos, el mundo académico, aunque no ha rehuido el envite conmemorativo, ha tendido a diversificar y a mostrar un componente más crítico, descentrando alguno de los elementos axilares de las conmemoraciones historiográficas previas. En la fluidez de los tiempos que nos toca vivir, resultaría poco aceptable un relato esencialista, aunque los resabios de los mismos pervivan en las tradiciones imaginarias que seguimos inventando. Mientras tanto, las efemérides siguen proporcionando a los historiadores motivos de debate y reflexión, de análisis y recuperación, como en los dos casos analizados. Aunque sólo fuese por eso, tal vez pudiéramos aceptar con cierta displicencia que el ritmo de la práctica historiográfica esté puntuado por los hitos del calendario.

Ignacio Peiró y Pedro Rújula son profesores titulares de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza. El primero se ha especializado en su trayectoria académica en la historia de la historiografía, de la cual es uno de los principales representantes españoles. Entre su amplia obra cabe destacar *El mundo erudito de Gabriel Llabrés* (1992); las dos ediciones (1995 y 2006) de *Los guardianes de la historia*; *La Escuela Superior de Diplomática: los archiveros en la historiografía española contemporánea* (1996) o el *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos* (2002). Por su parte, el segundo se ha especializado en la historia de la primera mitad del siglo XIX, con especial dedicación al carlismo. Entre su producción destaca *Ramón Cabrera, la senda del tigre* (1996), *Contrarrevolución. Realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo (1820-1840)* (1998) y *Constitución o muerte. El trienio liberal y los levantamientos realistas en Aragón (1820-1823)* (2000), además de las ediciones de *Vindicación del general Maroto*, de Antonio Pirala (2005), *Historia de la guerra última en Aragón y Valencia*, de F. Cabello y otros (2006) y las obras de Faustino Casamayor y el mariscal Suchet (2009).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra